

Mella Polanco, Marcelo

Referentes internacionales para el giro reformista de la izquierda chilena (1975-1990)
Espacios Públicos, vol. 14, núm. 30, enero-abril, 2011, pp. 155-175
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=67618934011>

The logo for the journal 'Espacios Públicos', with 'Espacios' in a cursive script and 'Públicos' in a bold, red, sans-serif font.

Espacios Públicos

ISSN (Versión impresa): 1665-8140

revistaespaciospublicos@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Referentes internacionales para el giro reformista de la izquierda chilena (1975-1990)¹

Fecha de recepción: 27 de septiembre de 2010

Fecha de aprobación: 01 de noviembre de 2010

*Marcelo Mella Polanco**

RESUMEN

El presente artículo analiza el giro reformista de la izquierda chilena durante el régimen autoritario de Pinochet. Para lograrlo, se expone cómo la penetración de ideas provenientes del marxismo analítico homogeneizó un importante sector de intelectuales y expertos opositores de Pinochet, constituyendo, de esta forma, un nuevo mainstream político-académico capaz de renovar los marcos epistémicos de las ciencias sociales y diseñar la transición a la democracia.

PALABRAS CLAVE: marxismo analítico, izquierda, transición, centros académicos, renovación ideológica, Chile.

ABSTRACT

This article analyzes the reformist turn of the Chilean left during Pinochet's authoritarian regime. To achieve this, it is exposed as the penetration of ideas, from analytical marxism homogenized to an important sector of intellectuals and experts Pinochet opponents, constituting, in this way, a new political mainstream academic capable of renewing the epistemological framework social science and design the transition to democracy.

KEY WORDS: analytical marxism, left, transition, academic centers, ideological renovation, Chile.

* Doctor en Estudios Americanos. Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile. Profesor de Ciencia Política, Universidad de Santiago de Chile.

INTRODUCCIÓN²

Durante el periodo que va de 1973 a 1990, el proceso político en Chile estuvo marcado por la caída del gobierno de la Unidad Popular (1973), la represión generada por el régimen de Pinochet y la llegada al poder de la Concertación en las elecciones de 1989. Aun coincidiendo en que, respecto a este periodo, han predominado las interpretaciones referidas al fracaso ideológico y estratégico de la izquierda chilena, así como también los estudios acerca de la desestructuración del sistema de partidos, se propone matizar estos enfoques con un análisis que releve los desplazamientos ideológicos y el carácter performativo de cierto sector de la oposición a Pinochet en esta fase de aparente oscuridad.

Si bien es cierto que entre 1974 y 1977 se produjo la casi total desarticulación de las orgánicas del Partido Socialista (PS) y del Partido Comunista (PC) bajo la acción de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), entre 1980 y 1988 –o un poco antes– se empezaron a sentar la bases (ideológicas y estratégicas) para la reconstitución de nuevas estructuras partidarias y suprapartidarias (Grupo de los 24, Alianza Democrática, Movimiento Democrático Popular, Concertación de Partidos por el No y Concertación por la Democracia), proceso catalizado por la lucha contra el régimen autoritario y la necesidad de instituir nuevas orgánicas y soportes ideológicos con respaldo social mayoritario.

De los nuevos sistemas que se ensayan en Chile durante los años ochenta se pueden apreciar dos direcciones antagónicas:

- Aquella representada desde septiembre de 1983 por el Movimiento Democrático Popular (MDP), integrado por el PC, el PS-Almeyda y el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), cuya plataforma se fundamentaba en la ruptura total con el régimen autoritario y la adopción de la vía insurreccional (Boeninger, 1998: 302).
- Aquella representada desde agosto de 1983 por la Alianza Democrática (AD), integrada por la Democracia Cristiana, Radicales, Partido de Izquierda Radical, Socialistas Renovados y disidentes de derecha, cuya plataforma suponía un importante giro reformista de sectores de la izquierda chilena que los distanciaba de sus referentes históricos y la adhesión a un diseño de transición entendida como proceso de ruptura pactada con el régimen autoritario (Boeninger, 1998: 300 y 301).

En este artículo se pretenden discutir dos afirmaciones asociadas al pensamiento elaborado por los intelectuales de la oposición reformista al gobierno de Pinochet durante la década de 1980 (Alianza Democrática, Concertación por el No, Concertación por la Democracia): la primera consiste en la creencia de que la producción generada por los intelectuales y centros de estudios reformistas elaboró durante la transición chilena una nueva teoría del cambio político (Lechner, 1988: 41-43); la segunda creencia postula que la teoría transitológica constituyó una forma de pensamiento autónomo en América Latina (Lowenthal, 1988: 11; O'Donnell y Schmitter, 1988: 35-36).

Para la discusión de estas afirmaciones se distinguen tres niveles de análisis: el desarrollo del “pensamiento cosmopolita” que influyó en el desplazamiento de los intelectuales chilenos de izquierda hacia posiciones reformistas (Dezalay y Garth: 2002), el pensamiento “periférico” generado en la diáspora del exilio o en las “catacumbas” de la resistencia en Chile, y, finalmente, las estructuras de intermediación (interfaces) entre ambas gramáticas.

Mediante la “teoría del imperialismo estructural” de Johan Galtung (1995), a modo de hipótesis, se sostiene que el pensamiento elaborado por la oposición reformista al régimen autoritario de Pinochet se construyó sobre la base de la importación de categorías originadas dentro de circuitos intelectuales cosmopolitas. Estas categorías habrían penetrado, en una trayectoria unidireccional, desde circuitos del centro hacia circuitos de la periferia. Por tanto, y en contradicción con las afirmaciones de Abraham Lowenthal y Guillermo O’Donnell, el pensamiento reformista de la transitología chilena y latinoamericana durante la década de 1980 no constituiría una expresión intelectual autónoma. Galtung elabora dos hipótesis complementarias para operacionalizar la idea de penetración ideológica o simbólica:

- existiría congruencia de intereses entre el centro de la Nación del Centro (cNC) y el centro de la Nación de la Periferia (cNP), lo que facilita la trayectoria unidireccional en la interacción (Galtung, 1995: 361-363),
- existiría entre centro y periferia un tipo de relación que implica capacidad de la

Nación del Centro (NC) para instalar en la Nación de la Periferia (NP) sus mapas cognitivos o ideológicos (Galtung, 1995: 381-385).

Ciertamente existen otras influencias y referentes para el giro reformista de la izquierda chilena durante el régimen autoritario de Pinochet, como el pensamiento generado en la diáspora del exilio chileno. Sin embargo, que en cierto punto se considera es necesario distinguir entre espacios de interacción política que generan condiciones para la construcción de confianzas (dimensión sociopolítica) y, por otra parte, las influencias ideológicas o epistémicas para la generación de pensamiento *performativo* (dimensión político-simbólica).

Para tales efectos, se retoma la definición de John Searle, cuando sostiene que el pensamiento performativo es aquel que “crea el mismo estado de cosas que representa” (1997: 51-52). Se entiende que un posible cuestionamiento a este enfoque pueda ser el reduccionismo, dado que la penetración de estos nuevos universales reformistas no representa la diversidad del pensamiento de los intelectuales chilenos opositores al gobierno de Pinochet. No obstante, el propósito no es abordar la riqueza y diversidad del pensamiento de la izquierda chilena durante el periodo, sino simplemente rastrear las principales fuentes del pensamiento Concertacionista (Mella, 2008a).

PENSAMIENTO COSMOPOLITA

La corriente de pensamiento cosmopolita que resultó más determinante en la renovación de

la izquierda reformista chilena se caracterizó por un fuerte revisionismo ideológico de los mapas cognitivos del marxismo estructuralista de los años sesenta y setenta en Estados Unidos y Europa Occidental. Este revisionismo se manifestó por una extendida heterodoxia en lo conceptual y por trayectorias intelectuales atípicas de sus principales exponentes.

Un caso paradigmático en ambos planos fue el itinerario intelectual de Jon Elster. Tal como se describe en *Going to Chicago* (Elster, 1997), Elster nació en el seno de una familia laborista noruega; en Francia, realizó estudios sobre Hegel y Marx con Jean Hyppolite y Raymon Aron respectivamente. Ya instalado en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Chicago participó en el Grupo de Septiembre, que reunía a los denominados marxistas analíticos encargados de hacer una traducción de Marx a la filosofía analítica y la lógica formal. Entre los marxistas analíticos más destacados figuran Gerald Cohen, John Roemer, Jon Elster, Adam Przeworski, Robert Brenner, Erick Olin Wright y Philippe Van Parijs (Elster, 1997; Olin Wright, 1994; Van Parijs, 1992).

Existen tres componentes del pensamiento cosmopolita conocido como *marxismo analítico* que penetraron en el pensamiento reformista chileno del periodo 1980-1990, los cuales son:

- la teoría de las preferencias adaptativas de Jon Elster (1988),
- la noción de cambio político como proceso contingente en la versión de Adam Przeworski (1988),

- la desestructuración de la teoría posicional del interés como dogma proveniente del marxismo clásico (Elster, 1988: 203-238).³

TEORÍA DE LAS PREFERENCIAS ADAPTATIVAS

Como tradición, el marxismo analítico generó diversos desplazamientos respecto al marxismo tradicional, actuando en la década de los ochenta como conceptos operantes para las izquierdas en América Latina: i) el paso de un enfoque centrado en la estructura a un enfoque centrado en el individuo, y ii) el paso de un concepto de preferencias “estáticas” a un concepto de preferencias “dinámicas”. Mediante el primer desplazamiento, esta tradición se aproximó al concepto de racionalidad formal; por el segundo desplazamiento, el marxismo analítico buscó desarrollar un análisis intencional o no determinista de los procesos políticos (Elster, 2003).

Para Jon Elster, la acción racional debería ser estudiada en relación con las preferencias del individuo y las oportunidades de elección disponibles (2003: 23-38). De suerte que la acción racional no podía ser entendida como una elección totalmente desvinculada del entorno ni tampoco como elección totalmente determinada por la estructura de oportunidades. Esta idea releva el carácter complejo de la elección social, así como las diferentes manifestaciones de la racionalidad.

El autor referido analiza la acción racional como un tipo de acción originada en un conjunto de preferencias individuales y en

el marco de ciertas condiciones que la hacen posible. Como se entenderá, si en la acción racional intervienen deseos y oportunidades, existen diferentes combinaciones posibles. Una primera es que los deseos predominen sobre las oportunidades, como ocurre en la lógica del “paradigma del príncipe” de Maquiavelo, donde la virtud es entendida como la capacidad del agente para controlar o someter las condiciones y el entorno; versión extrema de esta alternativa la constituye las “preferencias contra-adaptativas” del tipo: “dulce es el fruto prohibido” (Elster, 1988: 162). La segunda es que las oportunidades predominen sobre los deseos, lo que llama “preferencias adaptativas”, las cuales, concretamente, consisten en aquellos mecanismos de reducción de la disonancia cognoscitiva, donde las preferencias se elaboran por el agente en relación a las oportunidades disponibles (1988: 159-161).

La noción de preferencias adaptativas tuvo, por cierto, importantes implicancias para la teoría social y política en tanto se vincula con el concepto de justicia política, punto central de la reflexión sobre la democracia durante la década de 1970 con autores como John Rawls (2006) y los comunitaristas anglosajones (Sandel, 2000). En este plano, Elster sostiene, por ejemplo, que resulta difícil fundamentar la noción de justicia en la asignación de bienes públicos apelando a las preferencias de los agentes si éstas son definidas en un momento anterior a la elección y de acuerdo a la oferta disponible:

¿Por qué ha de querer un individuo que la satisfacción sea el criterio de justicia y de elección social si las voliciones individuales

pueden ser conformadas según un proceso previo a la elección? Y en particular, ¿por qué razón la elección entre opciones posibles solo debe tener en cuenta preferencias individuales si las personas tienden a adaptar sus aspiraciones a sus propias posibilidades? (Elster, 1988: 159-160).

CAMBIO POLÍTICO COMO PROCESO CONTINGENTE

Si para el pensamiento marxista tradicional el cambio político se originaba de la propia dinámica del capitalismo como una evolución necesaria, el “marxismo analítico” creyó que el cambio hacia el socialismo se produciría sólo bajo ciertas condiciones institucionales, estratégicas o económicas. El marxismo analítico contribuyó a desenzualizar la idea de cambio político presente en el marxismo ortodoxo, tratándolo como un proceso contingente. A este proceso contribuyeron “la influencia del existencialismo europeo” (Hook, 1983) y el “materialismo ético” de John Roemer (Przeworski, 1988: 251-268). Por tanto, no sería razonable suponer que el capitalismo, en su periodo de mayor expansión productiva, genere las condiciones para el desarrollo del proceso revolucionario. Más bien, los trabajadores, por los costos de la transición o por “aversión al riesgo”, estarían inclinados a “rechazar la revolución” (Przeworski, 1988; Elster, 1988 y 1989; Gargarella, 1995).

En concordancia con su orientación individualista, los marxistas analíticos sostuvieron que la explotación no constituye una situación injusta, sino sólo un *hecho*. El verdadero propósito del proyecto socialista

residiría en la lucha contra la alienación; vale decir, se define la lucha socialista como una de carácter libertario. Przeworski señala en este sentido:

El socialismo no es ni el milenio, ni una garantía de felicidad. Es una sociedad libre de alienaciones (...), una sociedad en que sean abolidas las condiciones objetivas, en que la gente sea continuamente libre (...). La abolición del capitalismo es una necesidad no porque tal sea la ley de la historia o porque el socialismo sea superior en una u otra forma, ni por razones de Newton, ni de Kant, sino sólo porque el capitalismo nos impide llegar a ser lo que podríamos ser si fuéramos libres (1988: 277-278).

Lo común de estas visiones lo compone cierta inclinación a relativizar la construcción del futuro, entendido éste como un tiempo por construir. Por ejemplo, se pone en cuestión la idea de que el capitalismo genere un menor acceso al consumo que el socialismo y que los trabajadores deban, mecánicamente, elegir a éste por sobre aquel. Como señala Adam Przeworski en discusión con John Roemer, la ventaja del socialismo no consiste en ser una forma más eficaz de acceso al consumo, sino “porque permite a la sociedad en su conjunto (...) decidir que necesidades habrán de ser satisfechas en el proceso de acumulación” (1988, 267-268).

Przeworski señala también que el análisis histórico muestra que los movimientos políticos no son determinados por las condiciones estructurales y, por ende, el cambio en la dirección deseada (hacia la democracia o hacia el socialismo) se desarrollaría con base en decisiones

contingentes de los agentes. Los principales dilemas que aparecen como cuestiones abiertas a resolver serían: ¿Qué grado de institucionalización requiere el cambio político?, es decir, si el avance hacia el socialismo debe producirse dentro o fuera de las instituciones liberales; ¿qué carácter debe tener el sujeto que actúa como agente del cambio? o, dicho de otro modo, si la transformación debía ser impulsada por la clase trabajadora, por diversas clases o por ninguna, y ¿cuál debe ser la velocidad y profundidad del cambio?, lo que concierne al dilema de reformas incrementales versus abolición total del capitalismo (1988: 13 y 14).

DESESTRUCTURACIÓN DE LA TEORÍA POSICIONAL DEL INTERÉS

La tercera contribución del marxismo analítico que incidió en el giro reformista de la izquierda chilena fue la reelaboración de la relación entre sujeto y estructura. Este aporte significó, de una parte, la revalorización de la categoría agente en la explicación de los procesos y, de otra, la desestructuración de la relación entre ubicación social e interés individual. Con relación a este último aspecto, Adam Przeworski discute tanto la determinación de las preferencias por el lugar que ocupa el sujeto en la estructura social, como la equivalencia entre *similaridad* posicional y *solidaridad*. Ya sea en lo concerniente a la formación de preferencias, como en la disposición a cooperar con sus similares sociales, el sujeto tiene ante sí un conjunto de elecciones, lo que convertiría el clásico

problema marxista del paso de la “clase en sí” en “clase para sí” en una cuestión de elección individual.

El individuo se encuentra ante una serie de elecciones, y una de ellas puede ser la de hacerse obreros y otra la de decidir cooperar con otros obreros. Pero tiene posibilidades de elección, y hemos de analizar toda esa estructura de posibilidades como dadas a individuos, no a obreros. Porque es verdad que hay situaciones en las que pueden decidir hacerse obreros y cooperar con los capitalistas en contra de otros obreros y la optimalidad de esta estrategia puede ser incomprensible si truncamos el juego de elecciones viendo a los individuos como obreros prefabricados. Es posible que blancos y negros no cooperen como obreros porque para los capitalistas es lógico dividir y vencer, pero además no colaboran porque son blancos y negros, no solo obreros. Los mercados de trabajo segmentados implican unas estructuras de posibilidades diferentes para gentes con diversas posibilidades personales, y los mercados laborales segmentados alimentan la desunión entre los que se hacen obreros (Przeworski, 1988: 116).

Por su parte, respecto a la equivalencia entre posición social e interés, Elster (1998), en su libro *Uvas amargas*, sostiene cuatro proposiciones fundamentales para la tradición del marxismo analítico que la separan, definitivamente, de la corriente estructuralista. Dichas afirmaciones se refieren a discontinuidades que desplazan a esta tradición hacia el individualismo metodológico, a saber: i) discontinuidad entre creencias formadas por una posición

social y los intereses de las personas que ocupan esa posición, ii) discontinuidad entre creencias conformadas por una posición social e intereses del grupo dominante, iii) discontinuidad entre creencias conformadas por determinados intereses y los intereses en cuestión (en términos de resultados) y iv) discontinuidad entre creencias conformadas por determinados intereses y los intereses en cuestión (en términos heurísticos).

ESTRUCTURAS DE INTERMEDIACIÓN

En relación con esta producción teórica, se generaron estructuras más o menos formales que posibilitaron la penetración de ideas cosmopolitas en el circuito de los intelectuales periféricos (Dezalay y Garth, 2002; Santiso, 2006); entre las cuales se encuentran aquellas que influyeron especialmente en el pensamiento transicional chileno, por ejemplo: el Instituto para el Nuevo Chile, dirigido por Jorge Arrate en Rotterdam; la Revista Chile América, dirigida por José Antonio Viera Gallo en Italia, y la Revista Convergencia en México. Dichos espacios de renovación política aglutinaron una significativa parte de los militantes en el exilio, de partidos de oposición a Pinochet y constituyeron campos de mayor libertad para la reflexión política. En estas estructuras se generó la interacción entre creyentes (*insiders*) de diferentes subculturas partidarias para potenciar la concertación (dimensión orgánica) y constituir un bloque unitario para recuperar la democracia en Chile. Sin embargo, no deja de ser paradójico que, aunque fueron espacios ocupados por *insiders*, su impacto performativo fue bastante marginal en lo

concerniente al diseño estratégico de la transición chilena.

Conceptualmente, los espacios de mayor impacto performativo durante la década de 1980 fueron, para el caso chileno, la Fundación Pablo Iglesias, especialmente, con el trabajo de Ludolfo Paramio en la revista *Zona Abierta* y, sobre todo, por el proyecto para el estudio de las transiciones en el Woodrow Wilson Center, cuya obra emblemática fue el trabajo colectivo *Transitions from authoritarian rule: comparative perspectives*, dirigido por Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter.

LA CONEXIÓN ESPAÑOLA

El principal circuito utilizado por el marxismo analítico en España fue la Fundación Pablo Iglesias, particularmente a través de *Zona Abierta*. Esta fundación es una institución cultural española vinculada al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y dedicada a la difusión del pensamiento socialista; fue creada en 1926 y, en su etapa actual, reinaugurada en 1977, una vez terminado el régimen franquista. Desde 1977 mantuvo activas relaciones con América Latina y Chile, principalmente por medio de intelectuales como Fernando Claudin, exmilitante del Partido Comunista de España (PCE), y Ludolfo Paramio. En los años ochenta su revista *Zona Abierta* publicó intensamente artículos de marxistas analíticos como Gerald Cohen, Ph. Van Parijs, Jon Elster, Adam Przeworski y de intelectuales chilenos conectados con esta tradición como J.J. Brunner, Ángel Flisfisch y Norbert Lechner.

Gracias a los estudios del filósofo español Ludolfo Paramio se sabe de la profundidad de la crisis ideológica del marxismo europeo durante los años setenta, la cual se manifestó por una fuerte tendencia a la secularización y por la disposición para reconstruir una tradición postmarxista en aquellos casos de fracaso electoral repetido (1986: 44). A este proceso de *desencantamiento* contribuyen, aún más, el fracaso de los gobiernos de izquierda en América Latina y las victorias electorales de Ronald Reagan y Margaret Thatcher a comienzos de los años ochenta (Portales, 1993). Para entender el proceso de secularización del marxismo en esta coyuntura hay que remitirse a la pérdida de valor (político y epistémico) de la idea de cambio revolucionario y de la idea de una teleología que diera inteligibilidad al proceso político.

La crisis que analiza Paramio (1986) se expresó como declive performativo del marxismo, tanto a nivel de procesos políticos, como de paradigmas en las ciencias sociales. Resulta interesante que en el análisis de este autor acerca de la crisis del marxismo en América Latina se consigne, como su factor principal, la pérdida de referentes teóricos internacionales, más allá de la persecución y exterminio físico de la izquierda a manos de los dictadores de la región (Paramio, 1986: 41).

En dicho contexto, Ludolfo Paramio se pregunta por el sentido de la crisis y por la orientación del proceso de renovación ideológica en marcha en España y América Latina. Concretamente, el autor abre el debate acerca de tres cuestiones fundamentales: i) el valor de esta coyuntura para la izquierda (¿amenaza u oportunidad?), ii) los aportes

teóricos relevantes frente al vacío ideológico de la izquierda y iii) el impacto de esta crisis en la izquierda de la “periferia capitalista” (1994: 41).

Ciertamente, la crisis ideológica del PSOE tuvo una raíz electoral debido a su incapacidad para llegar al gobierno de España luego de la muerte del general Franco en noviembre de 1975. Sólo después del 28º Congreso del PSOE, en mayo de 1979, el socialismo español mejoró su *performance* electoral. En esta histórica reunión, el PSOE, liderado por Felipe González, desistió de su identidad marxista y aceptó la economía de mercado. Sobre la adaptación a la economía de mercado, Paramio sostuvo que una herencia perversa del marxismo clásico fue la asimilación del socialismo con el anticapitalismo, de tal modo que toda política que se opusiera al desarrollo del capital era interpretada como un progreso en la construcción del socialismo.

Durante los años 60, por ejemplo, dos notables autores ingleses diagnosticaron muy correctamente que en Gran Bretaña era inminente una grave crisis capitalista como consecuencia del *profit squeeze* (caída de la participación de las ganancias del capital de la renta) provocado por una subida de los salarios superior al crecimiento de la productividad. Desde una posición supuestamente de izquierda, su conclusión fue que era preciso acentuar las reivindicaciones salariales para agravar la crisis del capital y abrir la puerta a la revolución socialista; quizás el ascenso de un populismo de derechas encabezado por Margaret Thatcher, un populismo que ha logrado enfrentar la mayoría social con unos

sindicatos denunciados como irresponsables y antinacionales, haya hecho reflexionar a algunos sobre la aparente lógica del razonamiento (Paramio, 1986: 48-49).

Para algunos observadores, que el PSOE gobernara en España entre 1982 y 1996 constituye una prueba de la correlación entre desempeño electoral y renovación ideológica. Justamente, a dos años de que el PSOE alcanzara el gobierno, la revista *Zona Abierta* en su número 33 incluyó, por primera vez, un *dossier* completo de artículos de los principales exponentes del marxismo analítico: Jon Elster (1984: 21-62), G. A. Cohen (1984: 63-80) y Ph. Van Parijs (1992: 81-102). Es posible que para muchos marxistas en España y América Latina la experiencia del fracaso político fuera ese gran cataclismo que requerían para la conversión de fe o secularización (Paramio, 1986: 43). En consecuencia, la adaptación ideológica debía validarse de modo pragmático, ciertamente, en el plano científico, pero, sobre todo, en el plano de la política práctica (Paramio, 1986: 42).

Sin embargo, hay ideas en la herencia de Marx que pueden contribuir decisivamente no sólo a la elaboración de un proyecto de socialismo sino a la edificación de un paradigma de las ciencias sociales. Esta opinión se vincula con mi apuesta por una ciencia social dura, *etic*, frente al usual predominio de la ciencia social blanda, *emic*;⁴ no implica en cambio, un rechazo del individualismo metodológico, que creo perfectamente compatible con el marco teórico macro habitual en el materialismo histórico. Pero, en todo caso, no creo que tenga sentido intentar justificar a priori la

apuesta por un determinado programa de investigación. Esa justificación sólo puede venir del mayor rendimiento de ese programa frente a otras alternativas, y esa es la prueba que un hipotético postmarxismo deberá superar si desea afirmarse, tanto en la ciencia social como en el pensamiento socialista (Paramio, 1986: 51).

LA CONEXIÓN ESTADOUNIDENSE

El proyecto del Woodrow Wilson Center sobre las transiciones del autoritarismo a la democracia se estableció en el marco del Programa Latinoamericano creado en 1977, generando las orientaciones fundamentales de dicha institución para esta parte del continente en la década de 1980. El proyecto se originó en 1979 por iniciativa de Guillermo O'Donnell y Phillippe Schmitter, y contó con el respaldo de Albert O. Hirschman, Fernando Henrique Cardoso y Laurence Whitehead, entre otros influyentes intelectuales (O'Donnell, 1988: 8-9). La primera edición en inglés de la obra de este proyecto, *Transitions from authoritarian rule: comparative perspectives*, fue publicada por The Johns Hopkins University Press en 1986. En todo caso, los hallazgos de la publicación se habían difundido parcialmente y de forma previa en diversos circuitos de intelectuales periféricos.

Guillermo O'Donnell y Oscar Oszlak reconocen la estrecha colaboración de la Ford Foundation en este trabajo y confirman la existencia de una red que facilitaba la penetración de este pensamiento en América Latina integrada por el Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES)

en Argentina (Oscar Oszlak, Guillermo O'Donnell y Marcelo Cavarozzi), el Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (CEBRAP) en Brasil (Fernando Henrique Cardoso) y la Corporación de Estudios para Latinoamérica-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (CIEPLAN-FLACSO) en Chile (Alejandro Foxley, Manuel Antonio Garretón, Ángel Flisfisch).

No obstante, para el caso de América Latina, la llegada de aportes provenientes de la Ford Foundation acarreó resistencia institucional, conduciendo a procesos de diferenciación entre escuelas o reorientación temática de la producción científica en la región. En Argentina un buen ejemplo, de tales procesos lo constituyó la división, en 1975, del Centro de Investigaciones en Administración Pública (CIAP), dependiente del Instituto Di Tella. El CIAP reunía a un grupo de *cientistas* sociales argentinos muy destacados durante el periodo: Jorge Roulet, Horacio Boneo, Julio César Neffa, Roberto Martínez Nogueira, Marcelo Cavarozzi, Roberto Salomón, Manuel Kulfas, Guillermo O'Donnell, Dante Caputo, Jorge Federico Sábato y Oscar Oszlak, este último en una entrevista abunda en detalles del proceso:

el CIAP se divide en el año 1975 en dos. Por un lado los que habían estudiado en Francia (Roulet, Sábato, Caputo y Lavergne) tenían sus sesgos, no estaban dispuestos a recibir financiamiento del Imperialismo, concretamente de la Fundación Ford u otras fundaciones del Imperio y estaban dispuestos a trabajar en asistencia técnica, ellos formaron el CISEA (Centro de Investigaciones sobre el Estado y la Administración). Nosotros (O'Donnell, Boneo, Cavarozzi y Oszlak)

formamos el CEDES (Centro de Estudios de Estado y Sociedad), aceptamos un subsidio de la Fundación Ford y decidimos que trabajaríamos en la elaboración de trabajos académicos con financiamiento externo (Mella, 2009b).

A pesar de estas tensiones, la red académica en Estados Unidos asociada al Wilson Center generó un espacio fundamental de difusión para el pensamiento transitológico con fuerte impacto en América del Sur. Todo esto incluso antes de publicada la primera edición de *Transitions from authoritarian rule; comparative perspectives*. Samuel Valenzuela (2008) sostiene que estas influencias fueron de amplio espectro en toda América, Europa y el resto del mundo:

(en la década de los 80) había discusiones de ideas y contactos bastante permanentes, no solamente en Estados Unidos sino también en Europa, especialmente después de la caída del muro de Berlín. Adam Przeworski amplió las discusiones a los países de Europa Central. Juan Linz y Alfred Stepan también (...). Estando yo en Harvard, Benigno Aquino me pidió que nos juntáramos a almorzar para hablar de la literatura sobre transiciones y especular sobre cómo podría hacerse el cambio en las Filipinas. Desgraciadamente, su intento de efectuarla en su país le costó la vida. Por cierto, no me dijo que dos meses después de nuestro almuerzo iba a tomar un avión con destino a Manila (...). Del mismo modo, estando en un seminario sobre transiciones en Budapest, tuvimos una larga reunión con los dirigentes del Partido Socialista de Hungría, quienes acababan de

constituir el gobierno. Esta reunión fue en casa de Alfred Stepan, quien era presidente entonces de la Universidad de Europa Central (Mella, 2008e)”.

Este circuito, difundido principalmente a partir de la producción intelectual del Programa Latinoamericano del Woodrow Wilson Center, incluidas sus conexiones europeas como la revista *Zona Abierta* en España, desarrolló vínculos con intelectuales y científicos sociales chilenos ligados a la oposición reformista al gobierno autoritario de Pinochet. Entre los autores de los Working Papers del Programa Latinoamericano se cuentan desde 1978 a 1990: Manuel Antonio Garretón, Genaro Arriagada, Alejandro Foxley, Carlos Fortín, Pilar Vergara, Jorge Heine, Jaime Crispi, Francisco Cumplido, Heraldito Muñoz, Ricardo French-Davies, Arturo Valenzuela, Samuel Valenzuela, Claudio Orrego Vicuña, Sergio Bitar, Augusto Varas, Felipe Agüero, Carlos Massad, Pablo Halpern, entre otros. Dichos intelectuales participaron como expositores o *fellows* en las actividades del Wilson Center, cuyos temas principales fueron los procesos de transición y democratización. De este conjunto de sujetos de trayectorias atípicas frente a las militancias y en su mayoría considerados como *outsiders* respecto de las subculturas partidarias de centro izquierda surgió el *mainstream* político-académico que fundó el Concertacionismo en Chile. Samuel Valenzuela, confirmando esta información, recuerda:

Entre 1986 y 1990 tuvimos en la Universidad de Notre Dame numerosos seminarios sobre cómo se hacen las transiciones a la democracia

y cuáles son sus dificultades y problemas. En ellos participaron Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter, Laurence Whitehead, Juan Linz, Adam Przeworski, etc. Alejandro Foxley, Eugenio Tironi, René Cortazar, Ángel Flisfisch, José Joaquín Brunner, entre otros, también estuvieron estrechamente vinculados a estos esfuerzos (Mella, 2008e).

Tal como lo afirman Jeffrey Puryear (1994), Ives Dezalay y Bryan Garth (2002) y Javier Santiso (1996), durante la década de 1980 el financiamiento norte-sur para los Centros Académicos Independientes chilenos aumentó de manera drástica. Hacia 1988 existían en Chile aproximadamente 49 Centros con 664 profesionales remunerados (Puryear, 1994: 43-51). Santiso agrega que a mediados de los años ochenta, el financiamiento proveniente de Estados Unidos dirigido a los centros chilenos alcanzaba 55 millones de dólares anuales, mientras que la cooperación proveniente de Alemania para el mismo objetivo ascendía, en el periodo 1984-1988, a 26 millones de dólares por año (1996: 260-261).

Probablemente, de los intelectuales reformistas chilenos, uno de los que tuvo mayor contacto y afinidad conceptual con los circuitos internacionales dedicados al estudio de las transiciones y, especialmente, con los marxistas analíticos fue Ángel Flisfisch, quien manifiesta haber conocido a Adam Przeworski hacia 1972 en FLACSO Chile por medio de un amigo común (Fernando Cortés), y a través de Przeworski recuerda haber tenido contacto con los estudios de Jon Elster. A partir de éstos se generó un grupo de trabajo en FLACSO Chile compuesto, entre otros, por Norbert Lechner y José Joaquín

Brunner, cuyas ideas tendrían circulación, aunque con las diferencias en el impacto propias de las trayectorias profesionales individuales y las preferencias particulares (Mella, 2008b).

En este caso interesa mostrar algunas expresiones de esta penetración conceptual durante los años ochenta, en especial antes de 1989, momento en el que la dirección del proceso político chileno generó incentivos más poderosos para la adaptación ideológica. Del conjunto de contribuciones del marxismo analítico, así como también de los conceptos operantes traducidos por las estructuras de intermediación que se han mencionado, los aportes conceptuales más destacados para los intelectuales chilenos reformistas fueron los siguientes:

- 1) la constatación del alto margen de incertidumbre de los procesos de transición y, por tanto, la justificación del cambio a partir de la búsqueda de orden y seguridad,
- 2) la introducción de la hipótesis del empate entre las fuerzas políticas como condición inicial de la transición, lo que alude a la teoría posicional del interés y a la noción de bloque hegemónico.

INCERTIDUMBRE Y ORDEN

Un primer elemento que se observa en el giro reformista de los intelectuales de izquierda en Chile durante los años ochenta fue la premisa de que desorganizada la visión de tiempo histórico fundada por la tradición marxista el único cambio posible era uno de tipo contingente. Una visión del tiempo histórico semejante convierte al futuro en un momento incierto y por construir. La

noción de cambio como proceso contingente, además, se centra en las decisiones del actor, sobrevalora la discusión sobre los medios, procedimientos o estrategias, y descuida el contenido sustantivo del proyecto.

Estas ideas de incertidumbre y contingencia aparecen en Guillermo O'Donnell cuando analiza las lógicas transicionales del autoritarismo a la democracia mediante su metáfora de la partida de ajedrez. Aunque el propósito del autor al utilizar este recurso es presentar que tanto la apertura transicional, como su desenlace, dependen, básicamente, de interacciones racionales, los niveles de incertidumbre que enmarcan estos procesos determinan elevados costos de transacción entre los actores.

el riesgo de recurrir a esta analogía del ajedrez es que el lector imagine que concebimos el proceso de transición como un juego cerebral y ordenado, en el que participan caballeros decorosos y cordiales. Le pedimos más bien que evoque una imagen más tumultuosa e impulsiva de la contienda, en la cual los individuos cambian las reglas en cada una de sus movidas, avanzan a los empujones tratando de acercarse al tablero, lanzan estentóneos avisos y amenazas desde los costados, y tratan de engañar a los otros toda vez que pueden (O'Donnell, 1988: 106 y 107).

De los intelectuales chilenos, Norbert Lechner fue uno de los receptores de las categorías de incertidumbre y contingencia para analizar el problema del cambio político. Estas concepciones se oponían a la visión mecanicista y necesaria contenida en el paradigma revolucionario de la tradición

marxista clásica. En el siguiente párrafo de Lechner se observa la penetración de la idea de un cambio contingente propio de un pensamiento de izquierda desencantado y concordante con la reflexión de la transitología del Wilson Center y de *Zona Abierta* en España:

No podemos plantear la emancipación social como proceso de autodeterminación si la revolución de las necesidades radicales está determinada de antemano. En realidad, la teoría crítica de la sociedad no plantea leyes universales. Es siempre una crítica históricamente determinada; o sea, referida a determinadas necesidades históricas. Por consiguiente, no puede existir la teoría de la emancipación. La emancipación social es una premisa o interés guía de la teoría que ésta no puede demostrar. Sólo puede evocar la posibilidad y argumentar su debe ser. Apunta pues a la creación de una voluntad política y moral. Vale decir, la teoría no expresa los intereses de un sujeto ya constituido sino que evoca su formación. De ahí se desprende una conclusión final: así como no existe una teoría única de la emancipación, tampoco existe un único sujeto de la revolución (Lechner, 1986: 148-149).

De allí a justificar el cambio político y la propia transición en la demanda social por orden y seguridad había sólo un breve trayecto. Por cierto, como telón de fondo de esta perspectiva se encuentran los planteamientos de conservadores, como Samuel Huntington (1968), en el sentido de generar condiciones institucionales para construir sistemas políticos estables en América Latina. En esta línea argumental

se entendió que la superioridad de la democracia sobre el Régimen Burocrático Autoritario (RBA) (O'Donnell, 1982) estaba dada, en lo principal, por la capacidad de aquella para instalar rutinas que minimizaran el umbral de incertidumbre para la mayoría social (Lechner, 1986). Por tanto, el desafío de la recuperación de la democracia surgía desde la necesidad de los actores de interactuar en un contexto de *política politizada* (Flisfisch, 1983 y 1984), es decir, en un contexto organizado por rutinas instaladas como el “único juego posible” (Linz y Stepan, 1996).

La práctica emergente de la democracia institucionaliza una incertidumbre *normal* con respecto a ciertas piezas y sectores del tablero, pero al hacerlo asegura una certidumbre *normal* con respecto a otras piezas y sectores. Más todavía, podría aducirse que la democracia constituye una garantía mucho mejor que el régimen autoritario para ciertos atributos: por ejemplo, para el derecho a la vida, a la privacidad, a la dignidad, al libre movimiento y autoexpresión de las personas, a la búsqueda de felicidad y a la propiedad privada. Es cierto que un régimen autoritario tal vez ofrezca cierta certidumbre (a menudo falsa) con relación a algunos aspectos del juego político (...), y quizá cuente con una pavorosa capacidad para eliminar a los jugadores disidentes, pero todo ello lo hace a expensas de promover una considerable incertidumbre fuera de un ámbito político estrecho (O'Donnell y Schmitter 1988: 108).

La necesidad de orden presente en las sociedades en transición constituye una de

las notas más innovadoras que separa el pensamiento de la izquierda antes y después del golpe. Parafraseando a Robert Barros (1987), si es posible trazar los perfiles del pensamiento de la izquierda chilena después del golpe, no cabe duda que son dos puntos capitales del desplazamiento ideológico: la orientación al orden y la revalorización de la democracia. Como argumenta Flisfisch (1987), el pensamiento de izquierda y, especialmente, aquella variedad de talante revolucionario tenía una fuerte tensión con la realidad, entendida como estructura de oportunidades y “horizonte de lo posible”. Para este autor, la brecha entre “estructura de ideales” y realidad ha sido mayor en el mundo de la izquierda tradicional, lo que explicaría sus experiencias de fracaso político reiterado en el pasado reciente. En este sentido, Flisfisch propone superar esta limitación histórica del pensamiento de izquierda instalando modelos cognitivos donde las “consideraciones estratégicas y de eficacia instrumental” determinen los ideales y preferencias (Flisfisch, 1987: 3-5). Así, es posible afirmar que el mismo proceso de adaptación que posibilitó la llegada del reformismo al poder en Chile y su giro hacia la democracia contribuyó, por sobreadaptación, a empobrecer su capacidad transformadora y de interpelación de la realidad (Flisfisch, 1987: 9-15).

EMPATE ESTRATÉGICO

El segundo elemento que penetra entre los intelectuales de orientación reformista en la izquierda chilena fue la creencia de que el diseño del cambio transicional debía

considerar a los actores involucrados en el proceso como fuerzas políticas equivalentes. Dicha situación de empate de fuerzas se observa en aquellos casos, como el chileno, en los que el RBA alcanzó buenos resultados en su condición de proyecto fundacional y, por tanto, debía optar entre iniciar la transición o mantener el status quo, todavía, con buen nivel de capital político. Supuesta tal condición, la liberalización y apertura con desenlace democrático sería una consecuencia de la capacidad estratégica de los actores de la oposición para construir un nuevo proyecto a fin de recuperar el orden democrático respaldado por una clara mayoría social. Estas representaciones, presentes en cierto sector de centro-izquierda, significaron, en relación con la posibilidad del cambio de régimen, el desplazamiento de un concepto determinista y necesario a uno de tipo contingente fundado en las elecciones y la interacción de los actores.

la democracia política es generada por una situación de empate (o tablas) y disenso, más bien que por la unidad y el consenso previos. Es el fruto de la interdependencia de intereses antagónicos y de la diversidad de ideales discordantes entre sí, en un contexto que alienta la interacción estratégica entre actores cautelosos y fatigados. La transición hacia la democracia no es en modo alguno un proceso lineal o racional. Hay demasiada incertidumbre en torno de las respectivas capacidades y demasiadas sospechas en torno a los respectivos propósitos para que suceda eso (O'Donnell y Schmitter, 1988: 115).

Siguiendo las ideas de O'Donnell, se puede apreciar que la explicación genética de

esta imagen del cambio transicional fue el resultado de ciencias sociales perplejas dada su desestructuración institucional, así como de la acumulación de experiencia histórica que contradecía ciertas creencias ideológicas fundamentales para la institucionalización y legitimación social de estos saberes. Este vaciamiento de capital simbólico en las ciencias sociales, además de ser la oportunidad para el desarrollo de saberes constituidos con mayor grado de apertura y heteronomía, fue condición para una reconstrucción de las identidades políticas colectivas en el mundo de la izquierda. Ángel Flisfisch asumió en este contexto que en los procesos de recepción de ideas y en la construcción de identidades sociales los intelectuales serían actores fundamentales encargados de fijar capitales simbólicos y significados a la experiencia colectiva.

el origen de las identidades colectivas (referentes grupales o colectivos conceptualizados) es elitario y no masivo. Es decir, estas conceptualizaciones son productos intelectuales o de intelectuales, en el sentido de personas especializadas en la producción de materiales simbólicos susceptibles de comunicarse a otros. Hay así una estructuración conceptual de referentes grupales, que se constituye un dato para el sentido común masivo. En este dominio, las masas se encuentran con oportunidades intelectuales o conceptuales, tal como se encuentran las oportunidades de empleo, de educación, etc. No son las masas las que construyen significados socialmente objetivos y eficaces para la mirada intelectual. Es esa mirada la que construye opciones de significado para las masas, opciones que estas

emplean o desechan, tal como se emplea o desecha una oportunidad de movilidad social (Flisfisch, 1982: 3).

Tomando en cuenta estas condiciones, hacia 1985, se observó en Chile un claro predominio de un debate entre intelectuales de izquierda que en su vertiente reformista enfatizaba lo estratégico-orgánico sobre lo sustantivo. A mediados de los años ochenta, intelectuales con trayectorias tan diversas y, en algunos casos, tan incompatibles, como Alejandro Foxley, Eugenio Tironi, Ángel Flisfisch, Edgardo Boeninger, Manuel A. Garretón, Aníbal Pinto o Enrique Correa, lograron algunos entendimientos o al menos dialogaron en torno a la cuestión de la concertación social y política. Este movimiento también fue posible por el paso del “marxismo como teoría” al “marxismo como método” (Moulian, 1993: 112), atendiendo los flujos y circuitos intelectuales descritos. Es posible que uno de los primeros esfuerzos para generar el diálogo y llegar a algunas coincidencias entre intelectuales reformistas haya sido el proyecto de Edgardo Boeninger en el Centro de Estudios para el Desarrollo (CED). Vale decir que para generar un pensamiento que pudiera penetrar en la elite política transformadora fue necesario construir un protocolo común de análisis sobre la realidad política, un “consenso metodológico” de amplio rango que facilitara un consenso político análogo.

Otro de los intelectuales reformistas que logró internalizar en este periodo las ideas provenientes de los circuitos académicos de *Zona Abierta* y de Wilson Center fue Eugenio Tironi. El autor, en un artículo titulado “Concertación y violencia, una

nota técnica”, publicado en la revista *Proposiciones*, distingue entre “teorías sociales de la concertación” y “teorías políticas de la concertación” (1987: 175 y 177).

Entre las primeras se cuentan los aportes de Adam Przeworski sobre la viabilidad en la concertación entre capitalistas y trabajadores, y las de Phillippe Schmitter sobre estructuras corporativas de representación de intereses como mecanismos para generar una democracia estable. Entre las teorías políticas de la concertación, Tironi identifica a Arendt Lijphardt y al chileno Alberto Van Claveren como referentes fundamentales de la idea de *democracia consociativa*. Según Lijphardt, las sociedades fragmentadas por *cleavages* profundos y de larga duración pueden ser estabilizadas por un acuerdo estratégico de las élites comprometidas con la preservación institucional del sistema. En este último caso, Tironi sostiene:

La tesis que subyace al modelo consociativo es que una sociedad con una cultura política fragmentada y conflictual no es necesariamente inestable, si se crea una institucionalidad poderosa que obligue a los diferentes grupos (...) a tolerarse y cooperar. La viabilidad de este procedimiento depende en gran parte de la existencia de liderazgos altamente representativos de los diferentes segmentos, que observen una lealtad global hacia el sistema político, dispuestos a sostener una actitud cooperativa y moderada; depende también, finalmente, de que ellos no sean muy numerosos, o que posibilite que entre los líderes de diferentes culturas políticas exista un grado razonable de familiaridad (Tironi, 1987: 178).

CONCLUSIONES

Del análisis genético del pensamiento reformista chileno en la década de 1980, se desprende que existió una penetración de ideas provenientes del marxismo analítico que homogeneizó a cierto sector de intelectuales y expertos opositores a Pinochet, constituyendo un nuevo *mainstream* político-académico capaz de renovar los marcos epistémicos de las ciencias sociales, de diseñar la transición a la democracia y de ocupar el Estado después de 1990.

Esta nueva forma de pensamiento representó, a fines de los años 70, una respuesta frente a una constelación de factores en la política internacional, tales como la crisis de ciertas variantes del pensamiento marxista, el avance del neoconservadurismo a nivel global, la prolongación de los RBA, el estancamiento de las transiciones en América Latina, entre otros. También fue el resultado de un proceso cultural más profundo y extenso, a saber, la crítica a las bases epistemológicas del marxismo iluminista, que siendo un producto de la modernidad devino en una expresión tradicional y burocrática. En este contexto, el denominado postmarxismo no buscaría hacer la revolución ni hacer realidad el futuro trazado por la ortodoxia, sino reconstruir una forma de sociedad justa bajo un clima dominado por la incertidumbre respecto al sentido de la historia.

Durante el periodo de estudio, se desarrolló en América Latina la penetración del marxismo analítico que impugnó la dimensión normativa y estratégica del marxismo tradicional e impulsó un alto grado de adaptación frente a las condiciones de realidad. En dicho marco, el reformismo construido con base en las

categorías del marxismo analítico constituyó una negociación particular entre marxismo y pensamiento liberal que erradicó todo elemento normativo y otorgó a la izquierda mayor eficacia performativa frente a los procesos de transición en Europa y América Latina. Específicamente, el reformismo que se desarrolló al alero del *mainstream* de las ciencias sociales anglosajonas construyó una síntesis entre el marxismo entendido como caja de herramientas (dimensión epistémica) y la tradición liberal contractualista.

Un resultado de este giro fue el desplazamiento de los intelectuales de la izquierda reformista en Chile a posiciones de mayor responsabilidad política. La ética de la responsabilidad entre los intelectuales tuvo por objeto suprimir las expresiones de violencia y radicalismo características en las elites de la izquierda latinoamericana, dominadas por la noción leninista de cambio revolucionario. Conocida la experiencia del fracaso y la derrota de la vía revolucionaria los intelectuales chilenos enfocaron su tarea en la recuperación de la democracia a partir de acuerdos amplios de tipo consociativo destinados a darle legitimidad a estos procesos.

Otra idea que distinguió a la izquierda reformista en Chile fue la creencia de que la lucha política debía orientarse a construir una democracia donde los sujetos pudieran maximizar sus niveles de seguridad. Dicha meta desplazaría el propósito de edificar un modelo de sociedad mediante consideraciones idealistas o normativas. En este sentido, el reformismo chileno se caracterizó por una fuerte inclinación a despolitizar las manifestaciones de racionalidad contra-adaptativa. Ya sea por su influencia liberal contractualista, por el vaciamiento normativo

derivado de la penetración del marxismo analítico o por la incorporación de conceptos neoconservadores, el reformismo puede ser identificado como una forma de pensamiento altamente adaptativo.

La segunda cuestión que el artículo permite discutir concierne al grado de autonomía del pensamiento reformista chileno. En consecuencia, nuestra interrogante es si la penetración de categorías conceptuales desde el marxismo analítico constituyó una dinámica espontánea o inducida. Afirmamos que existió penetración conceptual e ideológica inducida considerando cuatro aspectos analizados en este trabajo:

- Existieron circuitos de intermediación operantes, tales como el Wilson Center y *Zona Abierta*, que conectaron el centro y la periferia, constituyendo las “cabezas de puente” en esta lógica de penetración epistémica-ideológica.
- Se identificaron mecanismos de financiamiento que hicieron posible y condicionaron la producción intelectual en los años ochenta, convirtiendo una situación de sobrevivencia en una oportunidad para la refundación de las ciencias sociales y la praxis política.
- El marxismo analítico fue la tradición que posibilitó, de mejor forma, los giros realistas de la izquierda en Chile y, por tanto, tuvo altos niveles de performatividad en el periodo, lo que no implicó, necesariamente, capacidad de reclutamiento y conversión masiva en la élite intelectual.
- Los reformistas conversos al marxismo analítico en Chile eran, por lo general, sujetos bastardos, intelectuales *outsiders* o

de militancia blanda frente a las tradiciones o subculturas partidistas de izquierda, lo que posibilitó rebajar el umbral de resistencia frente al eclecticismo que caracterizó el nuevo *mainstream*.

Queda pendiente responder si un pensamiento de izquierda constituido en lógicas de cooperación académica con el *mainstream* anglosajón y sobreadaptado a las tradiciones dominantes en las ciencias sociales produce también una política sobreadaptada o contribuye a algún tipo de sobrepacto una vez que la Concertación de Partidos por la Democracia alcanzó el poder y se constituyó como coalición de gobierno.

NOTAS AL PIE

¹ Este artículo ha sido elaborado en el marco del Proyecto DICyT 03-0852MP (2008-2010), “La contribución de los Centros Académicos Independientes (CAI) en la transición a la democracia en Chile (1980 a 1990)”. Asimismo, cuenta con el financiamiento de la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo de la Universidad de Santiago de Chile. Una versión reducida y preliminar de este artículo fue presentada en el V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política organizado por ALACIP del 28 al 30 de julio de 2010 en Buenos Aires, Argentina.

² Nuestros agradecimientos a quienes han colaborado en la realización de este artículo, especialmente, a la buena disposición para responder nuestras entrevistas por parte de Guillermo O’Donnell, Oscar Oszlak, Samuel Valenzuela, Ángel Flisfisch y Edgardo Boeninger.

- ³ El original del trabajo citado de Elster fue publicado en 1983 por la Maison des Sciences de l'Homme and Cambridge University Press con el título: *Sour Grapes. Studies in the subversión of rationality*. Por su parte, el trabajo citado de Adam Przeworski fue publicado en 1985 por la Maison des Sciences de l'Homme and Cambridge University Press con el título: *Capitalism and Social Democracy*.
- ⁴ Esta distinción fue ideada por Kenneth Pike y difundida por Marvin Harris. Véase respectivamente: Pike, Kenneth Lee (1967), *Language in relation to a unified theory of structure of human behavior*, 2nd ed. The Hague y; Mouton y Harris, Marvin (1980), "Chapter Two: The Epistemology of Cultural Materialism," in *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture*, New York, Random House.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- Austin, John (2008), *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós.
- Barros, Robert (1987), "Izquierda y Democracia. Debates recientes en América Latina", en *Cuadernos Políticos*, núm. 52, México, Era, pp. 65-80.
- Boeninger, Edgardo (1998), *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*, Santiago, Andrés Bello.
- Cohen, Gerald (1984), "Réplica a *Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos* de Elster", en *Zona Abierta*, núm 33, Madrid, Fundación Pablo Iglesias.
- Dezalay, Yves y Bryant G. Garth (2002), *La internacionalización de las luchas por el poder. La competencia entre abogados y economistas por transformar los estados latinoamericanos*, Bogotá / ILSA, Universidad Nacional de Colombia / Facultad de Derecho / Ciencias Políticas y Sociales.
- Elster, Jon (1984), "Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos. Alegato en favor del individualismo metodológico", en *Zona Abierta*, núm. 33, Madrid, Fundación Pablo Iglesias.
- _____ (1988), *Uvas Amargas. Sobre la subversión de la racionalidad*, Barcelona, Ediciones 62.
- _____ (1989) *Ulises y las sirenas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1997) *Egonomics*, Barcelona, Gedisa.
- _____ (2003), *Tuercas y tornillos*, Barcelona, Gedisa.
- Flisfisch, Ángel (1982), "Modelos de recepción de identidades políticas", en *Material de Discusión*, núm. 31, Chile, FLACSO.
- _____ (1983), "Coaliciones políticas y transición en Chile: notas exploratorias", en *Material de Discusión*, núm. 45, Chile, FLACSO.
- _____ (1984), "Hacia un realismo político distinto" en *Documento de Trabajo*, núm. 219, Chile, FLACSO.
- _____ (1987), "Los ideales y la izquierda: la racionalidad del cambio", en *Documento de Trabajo*, núm. 355, Chile, FLACSO.

- Galtung, Johan (1995), *Investigaciones teóricas*, Madrid, Tecnos.
- Gargarella, Roberto (1995), “Marxismo analítico, el marxismo claro”, en *DOXA*, núm. 17-18, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 231-255.
- Hook, Sidney (1983), *Marxism and beyond. Rowman and littlefield*, New Jersey, Totowa.
- Huntington, Samuel (1968), *El orden político en las sociedades en cambio*, Buenos Aires, Paidós.
- Lechner, Norbert (1986), *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, Siglo XXI.
- _____ (1988), *Los patios interiores de la democracia*, Santiago, FLACSO.
- Linz, Juan y Alfred Stepan (1996), “Hacia la consolidación democrática”, en *La Política*, núm. 2, Barcelona, Paidós, pp. 29-49.
- Lowenthal, Abraham (1988), “Palabras preliminares”, en O’Donnell y Schmitter.
- Mella, Marcelo (2008a), “Los intelectuales de los Centros Académicas Independientes y el surgimiento del Concertacionismo”, en *Historia Social y de las Matalidades*, año XII, vol. 1, Santiago, Departamento de Historia / Universidad de Santiago de Chile.
- _____ (2008b), Entrevista a Ángel Flisfisch, día, 20 de agosto.
- _____ (2008c), Entrevista a Edgardo Boeninger, 19 de junio.
- _____ (2008d), Entrevista a Enrique Correa, 10 de enero.
- _____ (2008e) Entrevista a Samuel Valenzuela, 12 de diciembre.
- _____ (2009a) Entrevista a Guillermo O’Donell, 12 de noviembre.
- _____ (2009b), Entrevista a Oscar Oszlak, 10 de noviembre.
- Moulian, Tomás (1993), “El Marxismo en Chile: producción y utilización”, en Brunner, José et al., *Paradigmas del conocimiento y práctica social en Chile*, Santiago, FLACSO.
- O’Donnell, Guillermo (1982), *El Estado burocrático autoritario*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- _____ Phillippe Schmitter (editores 1988), *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Buenos Aires, Paidós, vol. 4.
- Olin Wright, Erick (1994), *¿What is analytical marxism? Interrogating inequality. Essays on class analysis, socialism and marxism*, Londres, Verso.
- Paramio, Ludolfo (1986), “Tras el diluvio: introducción al Post-Marxismo”, en *Contribuciones*, núm. 45, Chile, FLACSO.
- Portales, Carlos (1993), “Los factores externos y el régimen autoritario”, en Paul Drake e Iván Jaksic, *El difícil camino a la democracia en Chile (1982-1990)*, Santiago, FLACSO.
- Przeworski, Adam (1988), *Capitalismo y socialdemocracia*, Madrid, Alianza.
- Puryear, Jeffrey (1994), *Thinking politics: intellectuals and democracy in Chile, 1973-1993*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

- Rawls, John (2006), *Teoría de la justicia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Sandel, Michael (2000), *El liberalismo y los límites de la justicia*, Barcelona, Gedisa.
- Santiso, Javier (1996), *Elites et démocratisation chilienne: les centres académiques privés*, París, Center for International Studies and Research.
- _____ (2006), *La economía política de lo posible*, New York, Banco Interamericano de Desarrollo.
- _____ y Laurence Whitehead (2006), “Ulysses, the Sirens and the art of navigation: political and technical rationality in Latin America”, en *Working Paper*, núm. 256, París, OECD Development Centre.
- Searle, John R. (1997), *La construcción de la realidad social*, Barcelona, Paidós.
- Tironi, Eugenio (1987), “Concertación y violencia, una nota técnica”, en *Proposiciones*, vol. 13, Santiago, Ediciones SUR.
- Van Parijs, Phillippe (1992), *¿Qué es una sociedad justa?*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.